

PETER STAMM

MARCIA DE VERMONT  
CUENTO DE INVIERNO

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Marcia aus Vermont*

Publicado por

A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2019 by Peter Stamm

Publicado por primera vez por S. Fischer Verlag, GmbH, Fráncfort del Meno

Este libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agent  
y Liepman AG, Zúrich – www.liepmanagency.com

© de la traducción, 2020 by José Aníbal Campos González

© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

El traductor ha contado con la colaboración de la Casa de Traductores  
Looren para la traducción de este libro

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-17902-87-2

DEPÓSITO LEGAL: B. 19 366-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Oliver Vogel.*



No fue una huida, pero debo reconocer que me sentí aliviado cuando por fin pude marcharme de aquel valle angosto tras una estancia de dos meses. Al principio había subido un par de veces a las colinas que lo rodeaban para disfrutar de las vistas, pero incluso desde allí sólo podían divisarse otras colinas más altas y montes cubiertos de bosque. Y cuando a principios de diciembre el tiempo cambió y cayó la primera nevada, ya no fue posible plantearse caminar fuera de las carreteras limpias de nieve. Incluso en los terrenos de la fundación, los únicos caminos transitables entre los edificios eran los despejados por una mano de obra invisible.

Hubiese podido ahorrarme el alquiler del coche, ya que apenas tuve oportunidad de usarlo en todo ese tiempo, pero no conocía otro modo de llegar desde Nueva York a ese

lugar recóndito. La mañana de mi regreso, pasé un buen rato buscando mi coche en el espacioso aparcamiento situado detrás del edificio principal. Estaba cubierto por una gruesa capa de nieve, y necesité casi una hora para retirarla antes de poder partir. Cuando volví a mi habitación a recoger el equipaje, tenía las manos rojas e hinchadas por el frío. Fui al cuarto de baño y las metí debajo del chorro de agua fría. Me dolió como si me pinchasen centenares de agujas.

Partí sin haber visto ni hablado con nadie. La mayoría se había marchado. De todos modos, tampoco me había relacionado con ninguno, ni siquiera con el personal, que hacía su trabajo pero nos evitaba en la medida de lo posible. Ni una sola vez había oído hablar a la joven que montaba cada día el bufet del desayuno, que devolvía mi saludo con unos murmullos indefinibles y un breve gesto de la cabeza. En ocasiones la había visto cuchichear con una de las cocineras y, a juzgar por

la expresión de su cara, era como si hubiese presenciado u oído algo terrible.

Mi coche dio un par de bandazos al cruzar la helada salida, pero por suerte la carretera estaba despejada de nieve. Sólo en un punto, al final de una curva, la pista estaba bloqueada por un montículo que debía de haberse desprendido de la empinada ladera durante la noche. Tuve que frenar en seco e invadir el carril contrario para evitarlo.

Tenía previsto desayunar en la primera cafetería que me encontrase por el camino, pero los locales que vi eran poco tentadores, así que estuve una hora conduciendo hasta hallar por fin un sitio de aspecto medianamente civilizado, en el que, sin embargo, sólo ofrecían un café aguado y unos donuts en envoltorios de plástico. La camarera me preguntó de dónde venía y si estaba de vacaciones por allí, pero yo no tenía muchas ganas de hablar, o simplemente había olvidado cómo hacerlo después de varias semanas de mutismo. En un principio, sin embargo, me había alegrado la perspectiva de disfrutar de

aquella estancia en la fundación, había confiado en encontrar allí justamente lo que encontré: un lugar fuera del tiempo.

En la radio, dos hombres parloteaban sobre reparaciones de coches, un tema que parecía divertirlos muchísimo. Fui cambiando de emisora hasta encontrar una en la que ponían música de jazz, sólo interrumpida de vez en cuando por partes meteorológicas y anuncios publicitarios de colchones de agua y maquinaria agrícola. No pude sino recordar a Marcia, el momento en que la conocí muchos años atrás, una Navidad. Yo era todavía muy joven y había llegado a Nueva York lleno de ambiciones. Pero al cabo de un año se me había acabado el dinero sin haber conseguido ni sacado nada en claro, de modo que tuve que pedir a mis padres que me enviaran más para el vuelo de regreso. Ellos querían que volviera a casa para pasar las fiestas, pero tal vez por despecho reservé un vuelo para principios de enero. Celebré la Navidad en Queens con un matrimonio de amigos brasileños y sus hijos, a los que, sin



sospecharlo entonces, aquel día vería por última vez. No recuerdo la fiesta, pero debió de ser al mediodía, porque cuando salí de su casa aún no había oscurecido.

Estaba algo achispado y decidí caminar. Me detuve en un cruce para orientarme. Saqué un cigarrillo y, en ese momento, una joven se me acercó para pedirme otro. Cuando le di fuego, ella cubrió mis manos con las suyas para protegerlas, en un breve gesto de ternura que me conmovió. La chica me miró a los ojos y sonrió. Me dijo que era su cumpleaños, que si tenía veinte dólares podíamos comprar cuatro cosas y organizar una pequeña fiesta.

—Lo siento—respondí—. No llevo tanto dinero encima.

Ella dijo que daba igual, que la esperara allí. Iría de compras y regresaría enseguida.

—Es raro eso de cumplir años en Navidad.

—Sí—respondió, como si jamás hubiese reparado en ello—. Es cierto.

Cuando la joven se alejó calle abajo, supe que no era su cumpleaños y que no regresaría.

—¡Espera!—grité, y la alcancé con un par de zancadas.

Compraba como alguien hambriento: comida rica en calorías, siempre de las marcas más baratas pero envasadas en grandes paquetes; nada de verdura ni de fruta. Al principio iba sumando el precio de cada producto, anunciaba el total y me miraba.

—No te preocupes—dije al final—, me quedan un par de cheques de viaje. —Añadí una botella de whisky barato al carrito de la compra—. Un poco de diversión no nos vendrá mal.

El piso estaba situado en un edificio venido a menos en una oscura calle lateral. Tuvimos que subir a pie cuatro plantas. Había un olor raro en la escalera, pero lo más raro era el silencio del inmueble. Ni siquiera se oía el barullo de la calle, sólo el crujido de la escalera de madera, tan ruidosa que parecía a punto de desplomarse en cualquier momento.

El piso era oscuro y frío. Comimos en la cocina sin quitarnos los abrigos. Tostadas con mantequilla de cacahuete y lonchas de pavo. Ella no se puso de pie y se quitó el abrigo hasta que pareció saciarse. Llevaba un vestido negro ceñido al cuerpo y poco adecuado para el lugar y la ocasión. Me miró con unos ojos desafiantes y a la vez tristes.

—No tiene por qué pasar nada—dije—. A fin de cuentas, es Navidad.

—¿Eres un santo o algo por el estilo?—preguntó—. Eso casi me daría más miedo.

—He bebido demasiado—respondí, y ella esbozó una sonrisa.

—Yo también lo habría hecho si pudiera permitírmelo.

—Es tu cumpleaños—dije.

—Cierto—dijo ella—. Casi lo olvido.

Ya no recuerdo de qué color eran el pelo ni los ojos de Marcia. No sé si era alta o baja, delgada o rolliza. No obstante, tengo el presentimiento de que la reconocería si me la

encontrara por la calle alguna vez. Mostraba una gran seguridad en sí misma y un desparpajo que me impresionaban y atraían.

Estábamos acostados en la cama. La colcha era muy delgada, y yo me había acurrucado contra ella, no tanto por afecto como para no congelarme.

—No suelo hacer este tipo de cosas—dijo, y echó a reír—. De todos modos, a ti eso te da igual, ¿verdad? Pero es cierto que no suelo hacerlo. El día de Navidad es el más triste del año, ahora ando muy mal de dinero y no quería irme a la cama con hambre.

El whisky la había vuelto locuaz y un poco sentimental. Me habló de su familia en Vermont, a la que no había visto en muchos años; me habló de su hermano, su «hermanito discapacitado», como ella lo llamaba.

—¿No lo dirás en serio?—intervine—. Sueña como uno de esos infames cuentos navideños. Te acuestas conmigo para sacar algo de dinero y poder comprarle los medicamentos. Y al final aparecemos todos juntos sentados en torno a un modesto arbolito de Navi-

dad: tú, tus padres, tu hermanito discapacitado y yo, cantando a coro *Noche de paz*.

—Mi hermanito discapacitado lleva mucho tiempo muerto—dijo—. Además, mi padre es rico, y no tengo la menor intención de presentártelo.

Guardamos silencio durante un rato.

—¿Marcia es tu verdadero nombre?—pregunté—. Creía que sólo se llamaban así ciertos personajes de la televisión.

—¿Por qué no iba a serlo?

Estuvimos de nuevo un rato sin decir nada, hasta que Marcia me preguntó cuál había sido la Navidad más rara que había pasado. Yo sospechaba que ella habría tenido muchas experiencias raras en Navidad y que sólo me preguntaba para poder contarlas.

—Marcia de Vermont—dije—. Tal vez tú seas mi experiencia navideña más extraña.

Encendí un cigarrillo para cada uno. Marcia se apoyó en mí para llenar los vasos. Sus senos me rozaron el brazo.

—He bebido whiskies peores—dijo.

La atraje hacia mí.

—¿Y eso qué significa?—preguntó riendo.

Debí de quedarme dormido. Estaba oscuro como boca de lobo y no sabía qué hora era. Marcia continuaba despierta. En medio de la oscuridad, oía su voz muy cerca de mi oído, como si no hubiera parado de hablar en ningún momento.

—Dime, ¿cuál ha sido la Navidad más rara que has vivido?—insistió, como si se tratase de algo importante y todo dependiera de mi respuesta.

—Es probable que aún no la haya vivido—respondí—. Es la primera vez que no paso las fiestas con mi familia.

—Tal vez un día esto te parezca raro—dijo ella.

—¿Y tú?—pregunté, palpando en busca de su cuerpo. A pesar del frío, su cuerpo ardía como si tuviera fiebre—. Acércate un poco—dije, y la atraje hacia mí—. ¿No estás cansada?

—Nunca duermo—respondió, y su risotada sonó medio divertida, medio inquietante.

—Y tus padres, ¿es cierto que son ricos?—pregunté.

—Inmensamente ricos—dijo.

Me levanté y crucé tambaleante la habitación a oscuras en dirección al pasillo para ir al baño, donde hacía mucho más frío que en el dormitorio. Cuando regresé, Marcia había encendido el cabo de una vela que había en un platillo al lado de la cama. Estaba acostada de espaldas y apartó la colcha.

—Ven—dijo—. Esta mujer necesita mucho amor.

No tuve la impresión de que Marcia necesitara demasiado amor. Fue como una lucha silenciosa. Se retorció entre mis brazos, me abrazó, pero yo tenía la sensación de que una parte de ella no estaba presente. O, mejor dicho, era como si una parte de ella nos observara mientras hacíamos el amor, como un animal al acecho. Se sentó encima de mí, me empujó contra la cama y me observó. Me sorprendió lo fuerte que era. Ella rio.

—En el lugar de donde vengo las mujeres tienen que ser fuertes.

La vela emitió una luz más intensa por un instante y se apagó con una tenue exhalación. Estábamos otra vez acostados en medio de la oscuridad más absoluta. Con el último resplandor, la cara de Marcia pareció iluminarse y sus rasgos se suavizaron por un momento, como si se le hubiera ocurrido algo o estuviera recordando un momento de felicidad. Apoyó la cabeza sobre mi pecho y dijo:

—Antes, en Navidad, solíamos organizar fiestas estupendas.

El padre de Marcia era el dueño de un periódico, pero la fortuna familiar se remontaba a varias generaciones. No recuerdo de dónde procedía el dinero ni si Marcia llegó a contármelo. Había crecido e ido a la escuela en Burlington, pero la familia pasaba las vacaciones y los festivos en un pequeño pueblo de las Green Mountains, en un antiguo molino a orillas de un río. Marcia tenía un hermano unos años más joven que padecía una leve discapacidad. A los cinco o seis años, el



chico murió por su culpa. Le habían encargado cuidarlo, pero ella se puso a leer o se quedó dormida, ya no recuerdo. Tampoco recuerdo qué ocurrió, si el chico se ahogó en el río o se cayó en alguna parte. ¿O es que me lo estoy imaginando todo, y el hermano de Marcia murió a causa de su enfermedad? Sólo recuerdo que ella siempre reía cuando hablaba de cosas tristes.

Aquella noche me contó buena parte de su vida. No recuerdo si yo también le hablé de la mía, de mis ambiciones, mis tentativas y fracasos.

—Muchas personas quieren ser artistas —dije—, pero eso no significa nada.

—Mi novio es escritor—respondió Marcia.

—¿Tienes novio?—pregunté, sorprendido.

—A veces.

Hacía mucho tiempo de todo eso, como ya he dicho. Habían pasado por lo menos trein-

ta años. Yo había olvidado muchos detalles, y lo que recordaba tal vez no tuviera demasiado que ver con lo que verdaderamente ocurrió. Los recuerdos habían cobrado vida propia con los años, se habían ido juntando para crear una historia que encajaba muy bien con la biografía de un artista: inicios en Nueva York, años de penuria, amistades con otros artistas que luego siguieron su propio rumbo o murieron jóvenes. Esas cosas.

Llevaba más de dos horas recorriendo las estrechas carreteras comarcales de una región poco poblada donde las franjas de bosque daban paso a las tierras de cultivo. A veces atravesaba pueblitos en los que la vida no parecía más animada que en el lugar de donde yo venía. Durante el tiempo que viví en Nueva York apenas salí de la ciudad, salvo por un par de excursiones con amigos a alguna de las playas de Long Island. También las veces que volví a visitar Estados Unidos estuve sólo en grandes ciudades. No conocía la América rural, y me sorprendió lo atrasado y pobre que parecía todo. Me alegré cuando,

cerca de la frontera del estado, tomé la autopista. Pude entonces avanzar más rápido sin necesidad de concentrarme demasiado. Volví a pensar en Marcia, en el poco tiempo que pasamos juntos.

Los días posteriores a nuestro encuentro se convirtieron en los más raros de mi vida, como si temporalmente hubiesen quedado invalidadas todas las reglas y convenciones, como si todo fuera posible y cualquier cosa estuviera permitida.

Por la mañana desperté solo en la cama. Oí voces procedentes de la cocina: la de Marcia y la de un hombre. Me levanté y me vestí. Cuando intenté escabullirme del piso, un hombre algo mayor que yo vestido con un traje oscuro apareció en el pasillo.

—Tú debes ser Peter—dijo—. Os he traído café. ¿Te apetece uno?

Lo seguí a la cocina, donde Marcia estaba ocupada con la cafetera. En la mesa había un paquete de café molido de Dean & DeLuca.

—Éste es mi novio David—dijo Marcia—, el escritor del que te hablé ayer.

David rio y se disculpó por no haberse presentado él mismo. Dijo que casi formaba parte del mobiliario de la vivienda y a veces olvidaba las normas de cortesía más elementales. Su lenguaje pedante me desagradó en un primer momento, pero al mismo tiempo él me cautivó, como suele ocurrirme con las personas más seguras de sí mismas que yo y que parecen saber bien lo que quieren y lo que hacen.

Recuerdo que más tarde fuimos a casa de David. Tenía una esposa muy guapa cuyo nombre he olvidado. Era francesa, creo que se llamaba Michelle o Mireille. Al entrar nos cruzamos con la asistenta polaca, que llevaba a los dos hijos de la pareja a pasear en trineo por Central Park. También recuerdo que esa tarde no volví a ver a la asistenta ni a los niños, como tampoco lo hice las otras veces que visité a David y a Michelle o Mireille los días siguientes.

La decoración del piso era muy elegante.